

AZORIN (*)

De sus personajes todos, "Azorín" es el más interesante por su complejidad y significación. Se ha visto en él "el representativo" de su generación: una individualidad de aguda inteligencia disociadora; de flaca voluntad continuamente deprimida por aquella que en su análisis nihilista desmenuza todo propósito activo mostrándole una como irracionalidad del esfuerzo. No es que le falten energías, deseos; sino que son contradictorios, discontinuos y no poseen la suficiente fuerza de cohesión para engendrar un ideal que los encauce.

El autor encarece la similitud entre el modo de ser de su personaje y el de sus coetáneos (españoles): «Azorín es casi un símbolo; sus perplejidades, sus ansias, sus desconsuelos bien pueden representar toda una generación sin voluntad, sin energía, indecisa, irresoluta, que no tiene la audacia de la generación romántica, ni la fé de afirmar de la generación naturalista.»

Este hombre sin voluntad, dominado por «un feroz análisis de todo», si por una parte simboliza a su generación, por otra refleja al autor. Evidente me parece la intención que tuvo de mostrarse en él: le adjudica su pseudónimo, opiniones que sostuvo públicamente, alocuciones que pronunció en circunstancias notorias; le infundió su propia sensibilidad respecto a todo aquello que se ha dado en llamar «el problema español.»

(*) Véase el número anterior de esta revista.

Reconoce, en efecto, que este continuo análisis origina una depresión de energía en todas las manifestaciones vitales. Pero por sobre el marasmo de un momento columbra un posible florecimiento de la «Vida plena,» a base—precisamente—de las ideas y sentimientos que sobrelleven esta prueba del fuego.

*
* *

Si hubiera de sintetizar en dos palabras la característica más meritoria de este literato pondría: «poder evccador.»

En los escritos de Azorín, lo pretérito renace pleno de sugestión, riquísimo de matices. No en balde su espíritu se complace en la escucha del recuerdo; de éste manan las visiones que tan pristinas se nos antojan.

En el pasado las cosas yacen como desdibujadas por densa penumbra; a las cosas idas dirigió Azorín su fanal.

Leyendo sus obras notaremos que ésta insistente sollicitación de lo pasado suscita en nosotros un especial estado de ánimo; nos dispone invariablemente a acompañarlo en sus viajes que parecen «librarnos» de la realidad actual. Paseamos entonces por encantado país, donde aún lo cotidiano se nos revela como poseyendo cualidades ignoradas; y sentimos, así, honda simpatía por algún hidalgo de fino porte y menguada bolsa que nos lo resucita en la antigua Toledo; por la pintoresca agitación de viejos mesones, que nos describe; por estampas, libros, paisajes vistos en la niñez, que nos pinta; por tal muchacha con quien ha departido amigablemente, en la buena casona familiar, durante los días caniculares; por los anhelos, ansias, desazones de la edad moza, que nos confiesa.

En nosotros, leyéndolo, se hace como una dulce congoja; sabemos que se está ante un espectáculo extraordinario: lo acaecido, que seguía su curso sumiéndose en el olvido es *evocado* por este autor cuyo temperamento gusta de las frecuentes escapatorias al pasado snyo, al de su patria.

Azorín escribió en la dedicatoria de uno de sus libros, a modo de divisa: «examinemos;» y en otra de sus obras, como al azar: «seamos comprensivos.»

Creo que éstas dos frases explican la índole de su labor de crítica literaria. Cuando él apareció el interés por la producción clásica estaba reducido a un pequeño número de personas; él puede contarse entre los trabajadores que se afanaron porque sus contemporáneos trabaren sólido conocimiento de la antigua producción literaria.

El argumento en el que funda su prédica es, de puro sencillo y lógico, perogrullesco. Estamos afirmando cosas respecto de éstas, que no conocemos.

¿Es serio tal modo de obrar? No; no aceptemos juicios hechos, ni los improvisemos. Si un autor, una época han de merecer nuestra estima, sea a base de un activo comercio, que así es como los hombres aprenden a estimar.

Más no basta ponerse a la lectura de un escritor; es menester que tratemos de entenderlo (“seamos comprensivos”). Por eso Azorín disgrega la obra de un autor razonando así, más o menos:

—Este señor vivió hace dos o tres siglos. Entonces, otras eran las costumbres, otra la sensibilidad, otros los ideales. Pero, ¿habrá cambiado todo fundamentalmente? ¿no hay nada de común entre él y nosotros? El paisaje es, con pequeñas variantes, el mismo; ¿sentía este señor al igual que nosotros el paisaje? Existen aún cuestiones que formuladas de antiguo esperan solución, ¿encaraba estos problemas en la misma forma que hoy lo hacemos? Entonces había y ahora hay un sentimiento de lo justo, de lo moral... etc. ¿estriban en lo mismo los de una y otra época?

Lo que Azorín efectúa al razonar así es tender puentes entre nosotros y el escritor por los que nos comuniquemos, es lo que él llama, dándole trascendencia, forjar una «solidaridad ideal» a través de las edades.

*
* *

Los artículos críticos no siempre tratan de la pasada literatura, pues muchos de ellos refiérense a escritores e investigadores actuales.

Unos y otros se resienten de ser sumarios, cosa que no debemos extrañar: son artículos publicados en diarios dando cuenta de la aparición de nuevas obras o ediciones de clásicas. No obstante tienen un gran valor relativo si consideramos el propósito que mueve al autor.

Es mentada una cierta pereza intelectual como uno de los males que aquejan a España; Azorín muestra en los artículos un espíritu ávido, que se interesa ante toda personalidad, que se torna serio y se intriga ante toda nueva idea o cuestión, que obliga al lector a una permanente adecuación a sus hipótesis y juicios, alguna vez extraños, alguna vez atrevidos, pero siempre seriamente reflexionados.

*
* *

Camarada que has leído estas líneas, haz de cuenta que hemos charlado por unos minutos acerca de este hombre de letras.

Recuerda la forma en que sabemos llevar una charla sobre análogos temas, en algún propicio recoveco de «la casa», en horas que algún profesor no asiste a clase.

Habrás notado que son espontáneas, inconexas, y que saltamos de un tema a otro con juvenil audacia sin apurar ninguno.

Pues algo semejante es lo que has leído.

GREGORIO HALPERIN

